

BENITO PÉREZ GALDÓS, EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

*Galdós, ciego *Pablo Nogués, el secretario del escritor *Páginas sinceras*

10

CAPÍTULO XXVII

GALDÓS, CIEGO

D. Benito oculta su afección a la vista.— Trabajos de los médicos.— Una operación.— Aún hay esperanza.

En la gloriosa vejez de D. Benito Pérez Galdós hay una amargura muy grande. Sus ojos escrutadores, que supieron penetrar en el fondo de las almas y de las cosas, están sin luz.

Con resignación asombrosa sobrelleva el maestro su desdicha, pero a pesar de ese temple de su ánimo, se observa claramente que la oscuridad que las cataratas llevaron a sus ojos, llena también su alma de sombras.

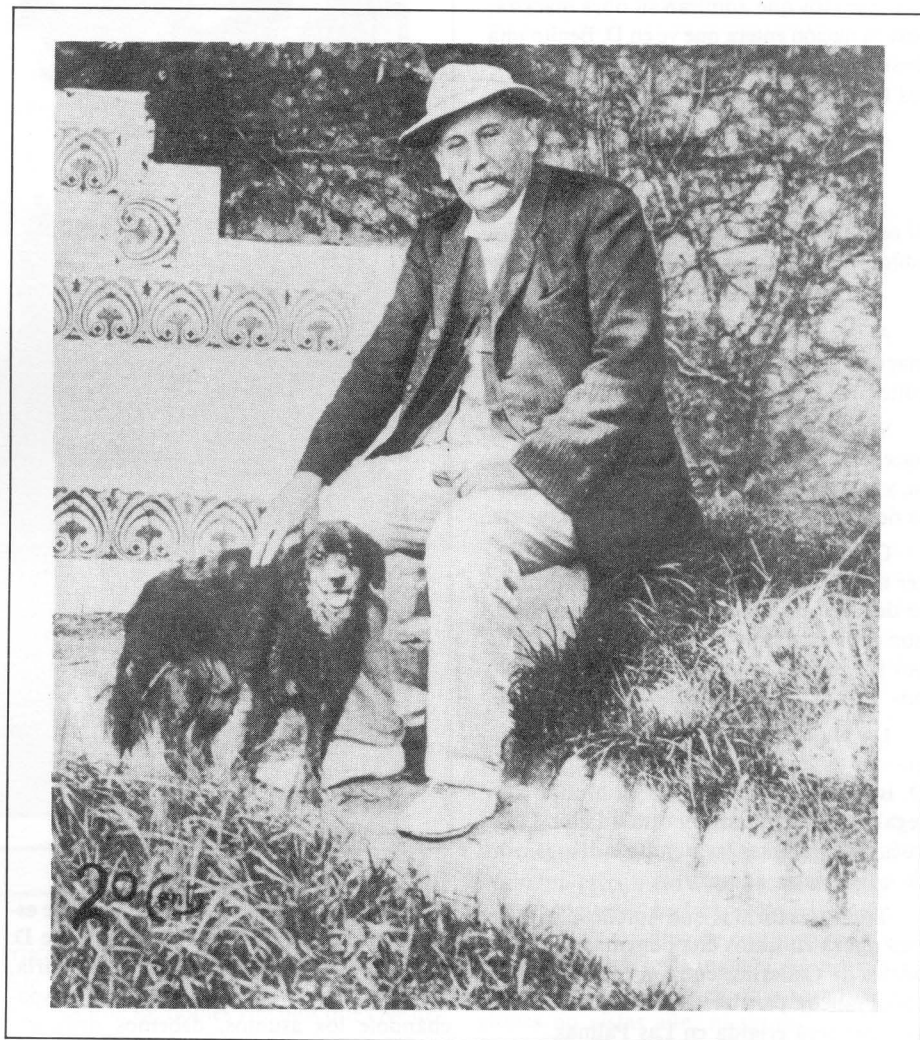
Hace mucho tiempo empezó D. Benito a sentirse mal de la vista, pero para no llevar la intranquilidad a su familia, y creyendo, quizás, que la dolencia no progresaría, ocultó su enfermedad durante lo menos dos años. Abstraído por el trabajo, olvidóse de su salud, y cuando, más tarde, empezaron las cataratas a poner oscuridades en su vista, tampoco se decidió a declararlo, sin duda porque la luz que constantemente brilla en su espíritu le traía visión más intensa del mundo que la que poco a poco se iba apagando en sus ojos.

Y de tal forma puso empeño en ocultar su mal, quizás porque su temperamento animoso no sabía ni quería rendirse ante una manifestación del infortunio, que aun en los momentos en que veíase precisado a abandonar momentáneamente el trabajo por falta de vista, no declaraba que su determinación obedeciera a la cruel dolencia.

Algunas veces, cuando, corrigiendo pruebas, se veía obligado a cesar en la labor, de sus labios no salían más palabras que éstas, dirigidas a su secretario Pablo Nogués: "Ahora continúe usted".

Mas un día el doctor D. Gregorio Marañón descubrió la enfermedad que padecía el maestro, y enteró a la familia.

Ésta se lo comunicó a D. Manuel Tolosa Latour, médico de la casa, y este doctor ilus-



tre se puso al habla con el eminente oculista D. Manuel Márquez para estudiar la forma de poner remedio a la dolencia de D. Benito.

Y aprovechando una tarde un rato de conversación con el maestro, el Dr. Tolosa le hizo ver la necesidad en que se encontraba de ponerse en cura, y Galdós accedió a ello.

Entonces comenzó a visitarle el Sr. Márquez, y días después, el 25 de mayo de 1911, en el despacho del maestro, en su casa de la calle de Alberto Aguilera, se le practicó la operación de estirparle la catarata del ojo izquierdo, operación que soportó con gran entereza, y que se le debió hacer un año antes, pues el mal estaba ya extendido de una manera excesiva.

Los hermanos Tolosa Latour presenciaron la cura que duró cerca de media hora, en lugar de los contados minutos que se tarda en realizar esa clase de operaciones, por las adherencias que tenía la catarata.

Se le quedó dentro un pedazo de cristalino, que no fue posible extraer, y esto le produce la ceguera del ojo izquierdo. El doctor Márquez espera, sin embargo, devolver la luz a ese ojo, y cree que recobrará la vista por reabsorción del cristalino que se le quedó dentro, o mediante una nueva operación a que ha de someterle, y que llaman la iridectomía.

Pero mientras ocurría lo que dejamos relatado, se le formó otra catarata en el ojo derecho, y con este motivo ha ido Galdós perdiendo la vista hasta el punto de que no ve nada.

En las primeras conferencias que celebramos con D. Benito, todavía quedaba en sus ojos algo de luz y veía, aunque muy poco. Mas con tristeza grande fuimos observando en sucesivos días que sus ojos se apagaban y hoy tenemos que consignar que está ciego.

Quédanos, afortunadamente, a todos los que a D. Benito queremos y admiramos, una halagadora esperanza a la que da fortaleza el autorizado juicio del Dr. Márquez.

Dentro de poco tiempo, estará Galdós en condiciones de ser operado nuevamente, y confía, con fundamento, el citado oculista, en lograr devolver la luz a los ojos enfermos del gran maestro.

Ese día será día de júbilo para todos los buenos españoles, para los que aman a Galdós, para los que admiran su obra maestra, para la nación entera que ve en D. Benito una de sus más legítimas glorias y uno de sus hijos más insignes.

CAPÍTULO XXVIII

UNA ESTATUA

El escultor Carretero.— Para el Círculo Español de Buenos Aires.— Proyecto de los canarios.

Al penetrar un día en el despacho del maestro nos encontramos con el notable escultor D. Aurelio Carretero.

Saludamos al artista, a quien conocimos hace años, allá, en su tierra de Castilla la Vieja, y le preguntamos si su presencia en la casa de Galdós estaba relacionada con su arte.

Carretero nos contestó que acaba de hacer un busto del maestro para transformarlo después en una estatua de salón, mayor que el natural, que le había sido encargada por el Círculo Español de Buenos Aires. No nos dijo más Carretero.

Después confirmamos sus noticias y logramos también averiguar que del busto de D. Benito hará doce copias en bronce para regalar una al maestro y otra a Pablo Nougués. Las restantes las pondrá a disposición de quien desee adquirirlas.

También sabemos que Aurelio Carretero está ahora en tratos con personalidades salientes de Canarias, entre las que figura D. José Franchy, para hacer otra estatua de Galdós que será erigida en Las Palmas.

Entre las entidades más interesadas en esta noble empresa, figura la importante y distinguida Sociedad de los Doce.

Acertada es la idea y digna de elogio por todos los conceptos, como también la elección de artista, pues a las muchas gallardas muestras que Carretero ha dado de sus grandes méritos como escultor, hay que agregar hoy el busto que ha hecho de D. Benito, de parecido y factura irreprochables.

Y si los canarios llevan a la práctica su plausible proyecto, darán una gran prueba de patriotismo, digna de ser imitada por los admiradores que Galdós tiene en la Península.

CAPÍTULO XXIX

PABLO NOUGUÉS

Labor que realiza.— Constancia en el trabajo.— Afecto sincero.— Rubín y Victoriano.

En las páginas de este libro se cita varias veces el nombre de Pablo Nougués, secreta-



rio de Galdós, y como puede decirse que este joven escritor pasa la vida al lado de D. Benito, ayudándole en la labor literaria, acompañándole constantemente, y despachándole los asuntos, debemos dedicarle unas líneas.

Ya hemos contado en otro capítulo cómo y cuándo lo conoció el maestro. Ahora añadiremos otros datos. Pablo Nougués comenzó a trabajar con Galdós a fines del año 1907.

Al principio, su misión se reducía a despachar la correspondencia del fecundo novelista. Luego se extendió su labor a buscar en libros, periódicos y documentos, orientado por D. Benito, los datos que éste necesitaba para escribir sus *Episodios Nacionales*, datos que Nougués iba señalando con lápiz azul. Más tarde, cuando las cataratas obligaron a D. Benito a abandonar el lápiz (pues con lápiz, en vez de pluma, trazaba las cuartillas), empezó a escribir al dictado. Y por último abarcó ya su trabajo la corrección de pruebas en galeradas y en pliegos.

Todas estas labores que hoy realiza Nougués, demuestran de una manera elocuentísima la confianza que en él tiene depositada

Galdós, pues esos trabajos no los confió nunca a nadie.

Verdad es que a esta confianza de D. Benito, le corresponde su secretario con un entrañable cariño y una sincera gratitud.

Están perfectamente compenetrados, sin duda porque ambos tienen para el trabajo una voluntad de hierro.

El maestro, sobre todo, es incansable.

Algunas veces y cuando llevan seis u ocho horas trabajando, exclama D. Benito:

—Ahora, para descansar un instante, vamos a corregir pruebas.

La noción del tiempo la pierde cuando está creando sus obras, y no siente nunca fatiga ni cansancio, como lo demuestra ese detalle.

Y si en el auxiliar no encontrara ese mismo temple, claro es que hoy no podría Galdós trabajar con la intensidad que tiene por costumbre.

Mas de esa forma, viven laborando desde hace tiempo.

Las cuartillas de *España Trágica*, fueron las últimas que escribió D. Benito. Las de

Blanco y Negro

REVISTA ILUSTRADA

AÑO IV

MADRID, 27 DE ENERO DE 1894

NUM. 143

ESPAÑOLES ILUSTRES

DON BENITO PÉREZ GALDÓS



D. Benito Galdós

Amadeo I se las dictó ya a Nougués y así ha seguido haciendo hasta la fecha con todas las obras, excepto con *El Caballero encantado* y *Casandra*, que las escribió él mismo.

Nosotros hemos presenciado detalles elocuentes del afecto que Galdós profesa a su secretario y conocemos también la labor utilísima que éste realiza al gran novelista.

Don Benito llama familiarmente a Nougués, *Don Publífero*. Éste, Victoriano, Gerardo Peñarrubia y Rubín, son las personas de mayor confianza de Galdós.

Victoriano era hijo de un pastor de la Moncloa, y entró al servicio de Galdós desde muy pequeño. Su despierta inteligencia y su actividad para el trabajo, le granjearon desde un principio la confianza del maestro.

Rubín, el mayordomo, pertenecía al cuerpo de Carabineros, pero pidió el retiro para entrar al servicio de Galdós en la finca de Santander.

CAPÍTULO XXX

PÁGINAS SINCERAS

Un prólogo.— Pereda.— *La tolerancia de Galdós*.

He aquí el prólogo que escribió Galdós para la novela de Pereda, *El sabor de la tie-*

rruca, y que prometimos al lector incluir en este libro, como prueba de su espíritu de tolerancia y de los nobles vínculos que cree deben estrechar a los hombres sinceros:

Pereda.— Ahora que estamos solos, impaciente lector, en la antesala de un libro, esperando a que se nos abra la mampara del capítulo primero, voy a hablarte de aquel buen amigo, cuyo nombre viste, al entrar, estampado en el frontispicio de este noble alcázar de papel en que por ventura nos hallamos. Y no voy a hablarte de él porque su fama, que es grande, aunque no tanto como sus méritos, necesite de mis encomios, sino porque me mueve a ello un antojo, tenaz deseo quizás, o más imperioso deber, nacido de impulsos diferentes. El motivo de que haya escogido esta ocasión ha sido puramente fortuito y no ha dependido de mí. Desde hace mucho tiempo tenía yo propósito de ofrecer a aquel maestro del arte de la novela un testimonio público de admiración, en el cual se vieran confundidos cariño de amigo y fervor de prosélito. Cada nueva manifestación del fecundo ingenio montañés me declaraba la oportunidad y la urgencia de cumplir el compromiso conmigo mismo contraído; luego los quehaceres lo diferían, y por fin,

solicitado de un activo editor, que incluye en su Biblioteca el último libro de Pereda, veo llegada la mejor coyuntura para decir parte de lo mucho que pienso y siento acerca del autor de las *Escenas Montañesas*; acepto con gozo el encargo, lo desempeño con temor, y allá va este desordenado escrito, que debiera ponerse al fin del libro, pero que por determinación superior se coloca al principio, contra mi deseo. Ni es prólogo crítico, ni semblanza, ni panegírico: de todo tiene un poco, y has de ver en él una serie de apreciaciones incoherentes, recuerdos muy vivos, y otras cosas que quizás no vienen a cuento; pero a todo le dará algún valor la escrupulosa sinceridad que ponga en mi trabajo y la fe con que lo acometo.

Veo que te haces cruces, ¡qué simpleza! pasmado de que al buen montañés le haya caído tal panegirista, existiendo entre el santo y el predicador tan grande disconformidad de ideas en cierto orden. Pero me apresuro a manifestarte que así tiene esto más lances, que es mucho más sabroso, y si se quiere, más autorizado. Véase por dónde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden, con *stridor dentum*, en el Infierno de la tontería, de donde no les sacará nadie. Tal vez lo lleven a mal muchos condenados de uno y otro bando, los unos encaperuzados a la usanza monástica, otros a la moda filosófica. Yo digo que *ruja la necesidad*, y que en este piadoso escrito no se trata de hacer metafísicas sobre la gran disputa entre Jesús y Barrabás. Quéde-se esto en lo más hondo del tintero, y a *quien Dios se la dio, Cervantes se la bendiga*.

Andando.

Conocí a Pereda hace once años, cuando había escrito las *Escenas Montañesas* y *Tipos y paisajes*. La lectura de esta segunda colección de cuadros de costumbres impresionó mi ánimo de la manera más viva. Fue como feliz descubrimiento de hermosas regiones no vistas aún, ni siquiera soñadas. Sintiéndome con tímida afición a trabajos semejantes, aquella admirable destreza para reproducir lo natural, aquel maravilloso poder para combinar la verdad con la fantasía, y aquella forma llena de vigor y hechizo, me revelaban la nueva dirección del arte narrativo, dirección que más tarde se ha hecho segura e invariable, obteniendo al fin un triunfo en el cual ha llevado su iniciador parte principalísima. Algunos de tales cuadros, principalmente el titulado *Blasones y talegas*, produjeron en mí verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos en el cosquilleo de la vocación. Es que las obras más perfectas son las que más incitan, por su aparente facilidad, a la imitación. Luego viene, como diploma más alto de su mérito, la inutilidad del esfuerzo de los que quieren igualarlas, y tratándose de aquella y otras obras de Pereda, hay que darles a boca llena, y sin género alguno de salvedad, el dictado de *desesperantes*. Son de privilegio exclusivo, y... ¡ay del infeliz que ponga la mano en ellas! No le quedarán ganas de repetir el intento.